



ANTUCA

Cosastocantes al Académico de la de Argamasilla. — Alarcón y Melchor Cano. — Libros españoles. — Cuento que explica el título de la presente carta. — Dulcinea. — Nueva traducción del *Quijote* al inglés. — Philatlocura. — Mayordomo olvidadizo. — Soneto.

AL EXCMO. SR. FERMÍN CABALLERO ETC., ETC.



L verle á V., estimado y docto amigo mío, á punto de quebrar lanzas con el Académico Argamasillesco de Santander, ó de donde quiera que sea, he sentido inmenso júbilo en el que me acompañan todos los apasionados de *Cervantes*, cuando tan esforzado y digno paladín sale á oponerse á las demasías de ese nuevo encubierto caballero, que por más que se disfrace con espejos ó con grandes narices, podrá resultar mañana que es un Sansón Carrasco, ó tal vez un Tomé Cecial. Yo no sé por qué, amigo D. Fermín, pero detrás de don Fabián Hernández y del que hoy es académico y ayer

era *pretendiente* en la de Argamasilla, entreveo la figura de algún malandrín, harto conocido de todos, muy apreciado por su saber indisputable y un tanto menos por sus condiciones de carácter.

Y no olvide V., Sr. D. Fermín, por si le interesa en su polémica, que no siempre ha sido Académico el adversario á quien combate; que no tenía antes el *original* del *Quijote* ni edición antigua con *notas*, y que también es un tanto dudoso eso de que no se haya dado á luz la edición del *Quijote* conforme á su llamado original, *por falta de recursos*.

En este punto, como en todos, V. ha puesto el dedo en la llaga, como vulgarmente se dice.

Pero vamos por partes.

Tengo la mala costumbre de leer y guardar cuidadosamente cuanto sobre *Cervantes* y sobre sus obras se escribe y viene á mis manos. Dirá V. que me condeno á leer mucho malo y guardar muchas cosas que no merecen conservarse, y le doy la razón; pero como á pesar de todo, tanto lo bueno como lo malo que se escriba redundará en honra y gloria del inmortal ingenio, yo lo archivo todo en gracia al fin que se proponen sus autores, porque todo concurre á probar que las obras de *Cervantes* tanto deleitan al sabio como al tonto. Pues bien, allá en el año de 1868, en Santander, y por D. Fabián Hernández, se publicó un librito titulado *Ni Cervantes es Cervantes, ni el Quijote es el Quijote*, que se decía ser parto de cierto ingenio oculto tras el pseudónimo de *pretendiente* á la de Argamasilla.

Después de leer el folleto se comprende la revolución que sobrevino y que se derrocara una dinastía secular. Antes habían derrocado en Santander el sentido común, y quizá las escenas horribles de que luego fué teatro aquella ciudad, fueron castigo merecido por tal publicación.

No voy yo á engolfarme en su examen que á nada conduciría, y que hizo á raíz de su publicación cierto *Mal Tagarote*, que posee el don de la oportunidad, y á quien V. y yo conocemos mucho.

Explanó allí el encubierto, por vía de muestra, algunas de las correcciones y enmiendas que habrían de tener lugar en la edición que se anunciaba; una docena como si fueran tortas, estando entre ellas la del *estrellado establo, fementido lecho, conceptos decorados* y otras de las repetidas y no repetidas en las columnas de *El Tiempo*. Las enmiendas empezaban en el título mismo de la obra (¿y por qué no antes?) afirmando el *pretendiente*, después de copiar la portada del libro, que (y note V. la manera de hablar), «no puede ser este el título que *Cervantes* puso á su obra en el original.» Esto es corregir; lo demás es andarse por las ramas.

La razón que el *pretendiente* daba, era... de pie de banco. Diciéndose en el cuerpo de la obra que *El Ingenioso hidalgo* fué compuesto por Cide Hamete Benengeli y traducido por *Cervantes*,... era un disparate decir en la portada que éste la compuso... Todavía no se ha persuadido, según parece, el *pretendiente* de que leía una obra de pasatiempo.

Dejemos á un lado el desatino clásico, mayúsculo, piramidal, de hacer que diga Dorotea que viene de lueñas tierras *al loor* de la bravura de Don Quijote, queriendo corregir á Cervantes que dijo gracejando donosisimamente que venía al *olor de su famoso nombre...* Al fin del folletito está el prospecto... y no un prospectillo así como quiera y de los dē tres al cuarto, sino un *prospecto á la obra general*, que sin duda querrá decir que no pensaba Don Fabián dar un *prospecto á cada capítulo del Quijote*.

En el segundo artículo del *Prospecto*, que por bizarría y agudeza incomparable, para mejor engañar á los lectores, lleva el número 4.º (y luego el 3.º es 7.º), se dice: «La primera edición del Ingenioso hidalgo *D. Quijote de la Mancha con variantes del pretendiente académico á la de Argamasilla*, no se imprimirá en Madrid, porque en Madrid, etc.» Aquí tiene V. ya, amigo mío, declarada la paternidad de las anunciadas correcciones. Luego, en los artículos remitidos al *Tiempo*, se quiso dar más valor á los trabajos del académico argamasillesco, y se habla del original del *Quijote* y de una edición primera con acotaciones marginales... todo música, todo urdimbre de mal oficial. Ya verá V. que de algo sirve el guardar folletos y artículos, aun cuando sean como el sabrosísimo de Santander.

Pero olvidaba la mayor circunstancia que viene en apoyo de las razones de V. En la condición *vigésima* de ese *Prospecto á la obra general*, se expresa

que: «es condición *precisa* que el precio de esta edición (la futura de Santander), no exceda de *cinco escudos...*» y lo mismo se repetía en la cubierta del folletito abriendo suscripción *en todas las principales librerías*. Después de esto cualquiera creería que la aparición del cuaderno primero era cosa inmediata. Han pasado cuatro años y ha venido la queja de la *falta de recursos...*

* * *

Noticias peregrinas de Cervantes y de sus inimitables obras, juicios acertados, apreciaciones nuevas y exactas, búsquelas el discreto en el precioso libro titulado *D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, que acaba de publicar la Academia Española de la Lengua, debido á la pluma de nuestro amigo don Luis Fernández-Guerra.

Si el autor de esa preciosa obra hubiera nacido francés, la hubiera titulado *Alarcón, su época, sus costumbres* ú otra cosa por el estilo; y no hubiera mentido, que si en alguna obra de cuantas le llevan es justo y merecido, es en esta de que me ocupo.

Sucede con ella lo que con la otra biografía de *Melchor Cano*, que para instrucción de muchos hizo V. imprimir el año anterior. Insensiblemente, al ir adelantando en la lectura, se siente transportada el alma á otro siglo, vive con la vida de otros hombres, y los oye, y los acompaña, y los comprende; porque ni la vida de *Melchor Cano*, ni la de *Ruiz*

de Alarcón, son la biografía de un escritor, sino la pintura de una sociedad.

Noto, sin embargo, gran diferencia entre ambas, diferencia que basta para quilatarlas; la que hay entre la época del rey austero y prudente y la del rey galante; entre Felipe II y Felipe IV; la que separa á un teólogo de un poeta; la que media entre un concilio y un teatro. Esos libros son como los retratos de los grandes maestros que tienen por fondo un bellísimo paisaje tomado del natural: á la simple vista podría decirse si miramos un noble flamenco ó un caballero español. Hay ya, merced á los talentos de tales escritores, individualidad en los libros, como la hay en los retratos.

En comenzando la lectura de la obra de Fernández-Guerra, es imposible dejarla de las manos. Nada exagero al decir á V. que la he devorado de una sola tirada. ¡Tanto ha sido para mí su encanto! Y es que acompañando al gran dramático mexicano, asistimos con él, en Sevilla, á aquella gran época de la contratación de Indias en la que ni aun los caballeros se encontraban,

sin ramo de mercader.

Y asistimos á las academias, á las jiras campes-
tres, viendo agitarse y actuar á Cervantes, á Arguijo,
á Pacheco, y á todos los que formaban el ejército lite-
rario y poético de Andalucía en aquella sazón, sin
dejar de ver ni aún el triste fin del desventurado Al-
fonso Alvarez.

En grata compañía hacemos luego el viaje por
mar hasta Veracruz y por tierra hasta la gran Te-
noxtitlan de los aztecas, y ruamos por sus anchuro-
sas calles; nos interesamos en el desagüe de la lague-
na, y llega la ilusión al extremo, que nos parece
concurrir á los actos académicos en que el poeta de
la *Verdad sospechosa* fué investido de sus grados.
¡Tanta es la verdad de aquellos cuadros!

No seguiremos al insigne autor, pues no hago ni
lo he pensado, crítica de su trabajo.

Noticias curiosísimas y agradables, por todas par-
tes las descubrimos; pero con tal arte presentadas,
que parecen nacidas en el lugar necesario sin esfuer-
zo del erudito escritor. ¡Cuánto es de sentir que á los
preciosos datos reunidos sobre el docto Mateo Ale-
mán, no haya podido acompañar el vejámen que
dió Alarcón en el grado de su amigo Díez Cruzate!

* * *

Acabo de recibir varios libros españoles que ha
comprado en París, por encargo especial, un amigo
muy docto y muy complaciente. Varios aficionados
sevillanos hemos tenido el pensamiento de ir resca-
tando poco á poco para España algunas de las pre-
ciosidades literarias que de ella han salido.

Los catálogos de Tross y los de Quaritch, son
bajo este aspecto de grandísima utilidad, y de la pri-
mera de esas casas proceden los volúmenes que he-
mos recibido; entre ellos un *Quijote* de Salisbury